

Universidad Autónoma de Chiapas

artificio

Humanidades Ciencias Sociales



Universidad Autónoma de Chiapas
Vol.1 No. 3, enero-diciembre 2017

“Vivimos en un mundo invertido, en el medio de una pesadilla”. Entrevista con Eduardo Subirats

Ana March

Una aproximación a la visión de Hispanoamérica en los ensayistas del exilio republicano español

Ricardo Tejada

Temáticas en la poesía satírica de Santiago Serrano

Sarely Martínez, Morelos Torres, Francisco J. Cordero

Menosprecio de urbe y alabanza de estero

Alejandro Mijangos Trejo

Filosofía ante violencia. La furia global

Arturo Aguirre Moreno



Imagen de portada: La escalera. Fotografía de Himilce Venegas Díaz ©

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE CHIAPAS

ARTIFICIO

Revista semestral de Humanidades y Ciencias Sociales
Vol. 1 No. 3 enero-diciembre 2017

EDITOR

Antonio Durán Ruiz

ASESORÍA TÉCNICA

Daniel Durán Ruiz

DISEÑO Y FORMACIÓN

María de Carmen Marcela Venegas Díaz

COMITÉ EDITORIAL

Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas: Alejandro Sheseña Hernández,

Universidad Autónoma de Chiapas: Jorge Alberto López Arévalo,
Sarely Martínez Mendoza, José Martínez Torres,
Lorenzo Franco Escamiroso Montalvo

Universidad de Salamanca: Carmen Ruiz Barrionuevo,
Francisca Noguero Jimémez

Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco: Alejandro de la
Mora, Alejandro Ortiz, Bullé-Goyri,
Vicente Francisco Torres Medina

Colegio de México: Azucena Rodríguez

Universidad Veracruzana: Guadalupe Flores Grajales,
Alfredo Pavón

**Benemérita Universidad Autónoma de
Puebla:** Arturo Aguirre Moreno.

Artificio, Vol. I, Número 3, enero-diciembre 2017. Publicación editada por la Universidad Autónoma de Chiapas. Domicilio de la publicación: Boulevard Belisario Domínguez Km. 1081, Colonia Terán, C.P. 29000, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México. Teléfonos: (961)61-780-00; extensiones 1431 y 1433, Fax: (961) 61-555-17, Correo Electrónico: duran_ru@hotmail.com. Editor Responsable: Antonio Durán Ruiz. Reservas de Derechos al Uso Exclusivo Número: 04-2013-040912434000-102; ISSN: 2007-9672, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Licitud de Título y contenido: en trámite, ante la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Imprenta: Talleres Gráficos de la Universidad Autónoma de Chiapas, Calle Orquídeas Número 45 Colonia Jardines de Tuxtla, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas. Este número se terminó de imprimir el 29 de diciembre de 2016 y tuvo un tiraje de 1000 ejemplares.

Las opiniones vertidas en esta publicación son responsabilidad del autor. Prohibida la reproducción parcial o total del contenido por cualquier medio impreso o electrónico sin previa autorización.

Publicación financiada por la UNACH con recursos PFCE 2017
y por el COCYTECH del Estado de Chiapas.

Presentación

La actual administración impulsa su labor editorial; la aparición de *artificio* es un ejemplo de este esfuerzo; la revista se instauró como un espacio de encuentro académico ahí confluyen los estudios realizados en los ámbitos de las humanidades y las ciencias sociales emanados de la Universidad Autónoma de Chiapas y de otras instituciones de educación superior, no sólo de México según se advierte en los artículos que la integran.

Impulsar la investigación es una tarea prioritaria de nuestra institución; las acciones de difusión y divulgación el quehacer humanístico que realizan los profesores y alumnos forman parte estratégica de las políticas establecidas en el proyecto académico 2014-2018.

La publicación de *artificio*, bajo el respaldo de un valioso equipo de trabajo, confirma y fortalece la alianza académica entre la UNACH y los investigadores que generan con su esfuerzo los más diversos productos intelectuales estudiando, interpretando, rescatando, sistematizando y difundiendo las expresiones culturales a fin de ensanchar y profundizar el conocimiento de nosotros mismos y de nuestro lugar en el mundo.

artificio

Humanidades Ciencias Sociales

Vol. 1 No. 3, enero-diciembre 2017

Contenido

“Vivimos en un mundo invertido, en el medio de una pesadilla”. Entrevista con Eduardo Subirats 2
Ana March

Una aproximación a la visión de Hispanoamérica en los ensayistas del exilio republicano español 14
Ricardo Tejada

Temáticas en la poesía satírica de Santiago Serrano 25
Sarely Martínez Mendoza, Morelos Torres Aguilar, Francisco Javier Cordero Fernández

Menosprecio de urbe y alabanza de estero 32
Alejandro Mijangos Trejo

Filosofía ante violencia. La furia global . 38
Arturo Aguirre Moreno

Saberes y presagios 46
Juan Ramón Álvarez Vázquez

Friedrich Nietzsche y el cristianismo . . . 54
Gerardo Moctezuma Gómez Anaya

Martín Luis Guzmán. La fuga como medio de supervivencia 62
Manuel Briones Vázquez

Bety Maza: una vida dedicada a la danza . 65
Rafael de J. Araujo González y Cristina Ortega Mandujano

Entrevista con Víctor Manuel Velázquez López 71
Antonio Durán Ruiz

“La música de la flauta es mi voz”. Entrevista con Luis Hernández Aguilar. . . 73
Edith Guadalupe Toledo Hernández

Las formas de capital en la obra de Pierre Bourdieu 76
Hugo Saúl Rojas Pérez

Lenguaje y tradición de *Los arrieros del agua* 82
José Martínez Torres

El universo dividido 87
Aureliano Ortega Esquivel

La experiencia estética moderna de José Luis Molinuevo 90
Eliezer Cuesta Gómez

María Zambrano: *Escritos sobre Ortega* 93
Martha Carolina Aleman Wong

UNA APROXIMACIÓN A LA VISIÓN DE HISPANOAMÉRICA

EN LOS ENSAYISTAS DEL EXILIO REPUBLICANO ESPAÑOL

Este artículo es una reflexión sobre lo que escribieron los exiliados republicanos españoles acerca del nuevo continente; en función de su capacidad de adaptación, fueron adecuando progresivamente su mirada a lo que les rodeaba; diversos exiliados como José Moreno Villa, Corpus Barga, María Zambrano y Jorge de Oteiza asoman aproximaciones, propuestas, que van más allá del discurso “otreizante” y “esencialista”.

Nos interesa en este trabajo prospectivo indagar en la mirada que los ensayistas del exilio proyectaron en América. Dos observaciones previas se imponen. Teniendo en cuenta las difíciles relaciones entre Hispanoamérica y España desde los inicios del siglo XIX, nos podemos preguntar si el exilio republicano fue una verdadera oportunidad, la tercera, para redescubrir o ver con otras lentes las realidades americanas, después del primer encuentro producido, a raíz de los actos conmemorativos del IV centenario del descubrimiento de América, en 1892 y de los viajes numerosos realizados por intelectuales y artistas españoles en las primeras décadas del siglo XX, sin olvidar los que hicieron sus homólogos latinoamericanos por esas mismas fechas. Al fin y al cabo, ¿no habían sido los republicanos españoles, antes de la Guerra Civil, unos adelantados en la adopción de moldes de pensar modernizadores? ¿No había significado el pasado común a ambos lados del Océano un sinfín de clichés en torno a lo que nos hermanaba, bien fuese en la religión o en la lengua? La llegada de los exiliados a América, ¿no debía de suponer, al fin y al cabo, una oportunidad para poner en tela de juicio dichos clichés,

muchos nacidos de la ignorancia recíproca y, otros tantos, del más trasnochado casticismo católico, de este lado del Océano, o del más obtuso nacionalismo, del otro lado del “charco”? La prudencia se impone, de entrada, porque sabemos que un exilio no es forzosamente una ocasión para abrir los ojos hacia lo que le rodea a uno. El exiliado no es nunca un viajero; es más bien una extraña mezcla de viajero-prisionero, un “prisionero» libre pues obligado a estar fuera de su país y “condenado”, en consecuencia, a “viajar”. Dicho esto, se dio un indudable redescubrimiento entre América y España a partir de 1939. Los americanos conocieron otra España, que no era la de Cortés y la intolerancia (por decirlo de una manera caricaturizada), y los exiliados conocieron una América sobre la cual, salvo algunas excepciones, no tenían muchas nociones al llegar. Como dijo, de manera sintética, Mariano Ruiz-Funes, jurista eminente republicano, en relación a América: “la hemos conocido y nos ha conocido”.¹ En este sentido, se puede uno preguntar, ¿qué dimensión fue adquiriendo su

¹ Mariano Ruiz-Funes, “Técnicas de deshonor”, revista *Bohemia*, La Habana, 19-X-1952, en Manuel Ruiz-Funes (ed.), *Mariano Ruiz-Funes. Comentarista de su tiempo. Selección de artículos*, Murcia, Ruiz-Funes, 2006, p.175.

¿Hasta qué punto la mirada de los intelectuales españoles del exilio hacia América fue la búsqueda de una otredad o la de una dimensión más de España? ¿O se escapaba de ambas lecturas?

Pero salgamos de las fronteras temporales del exilio y preguntémosnos por fenómenos más amplios. El entramado de discursos, científicos, literarios, filosóficos, producido en España en los dos últimos siglos, sobre la América de habla española y portuguesa, ¿puede ser equiparado a una especie de ideología orientalista creada por Occidente, en particular por las dos principales potencias colonizadoras de Europa, Francia y Gran Bretaña, en torno a los países del Oriente Próximo? Edward Saïd, el reconocido intelectual palestino, afincado en los Estados Unidos, sostenía que el orientalismo había sido un constructo discursivo destinado a proyectar una imagen de la Otredad oriental, fascinante, tranquilizadora, exótica, despótica, en cierto sentido bárbara. Dicho constructo discursivo habría supuesto un arma ideológica del colonialismo y del imperialismo. El mutismo misterioso de dichos pueblos musulmanes no habría sido más que el silencio proyectado por Occidente en ellos. El orientalismo se habría constituido así en una mordaza verbal de la voz de los llamados “orientales”. Su silencio no habría sido más que el silencio que les habríamos impuesto previamente.²

En nuestro caso, el entramado discursivo en torno a la hispanidad, ¿sería parangonable con el orientalismo denunciado por Saïd? Creo, indudablemente, que hay algo de eso. El intelectual español ha tendido casi siempre a pensar lo americano como algo virgen, natural en el sentido de que lo “paisajístico” prima sobre lo humano o lo civilizatorio, sin apenas historia, ingenuo, insustancial o heteróclito, en el sentido de que es fruto de una mezcla de elementos europeos, sin el orden y la sucesividad rigurosa del viejo continente, en fin misterioso, intrigante, cautivador. El intelectual español ha experimentado una gran dificultad a la hora de comprender la realidad americana. Esto es explicable

porque a la relativa “orientalización” a la que somete América —que es, en buena medida, naturalización— se suma otro entramado discursivo que es el articulado, en un inicio, por la idea de “raza hispánica”, y poco más tarde, por la noción de “hispanidad”. En este caso no se trata tanto de “otrezar” América, sino de “mismizar” el nuevo continente, si me permite el lector estos dos neologismos.

En efecto, el discurso en torno a la hispanidad trata de hacer de la América hispanohablante otra España, “otra”, pero, en el fondo, la misma España. No es un

discurso, en absoluto, colonialista, sino, en sentido estricto, “nacionalcatólico”, esencialista, organicista, paternalista o “maternalista”, arcaizante hasta en sus médulas.³ No olvidemos que monseñor Zacarías de Vizcarra había recuperado la voz “hispanidad” por su analogía con la de “cristiandad”.⁴ El planteamiento no es, en sentido riguroso, moderno, sino antimoderno.

Lo que se viene a decir es que parecen distintos, pero son en el fondo lo mismo que nosotros. Son hijos o hermanos, y España, “madre patria” o “hermana mayor”.⁵



María Zambrano

² Véase Edward Saïd, *Orientalismo*, Madrid, Debate, 2002.

³ El arzobispo de Toledo, Isidro Gomá Tomás, lo sintetizó de esta forma: “América es la obra de España. Esta obra de España lo es esencialmente de catolicismo. Luego hay relación de igualdad entre hispanidad y catolicismo, y es locura todo intento de hispanización que lo repudie”. En “Apología de la Hispanidad”, Discurso pronunciado en el Teatro Colón, de Buenos Aires, el día 12 de octubre de 1934, en la velada conmemorativa del Día de la Raza, revista *Acción Española*, tomo XI, núms. 64-65, Madrid, 1 de noviembre de 1934, pp.193-230.

⁴ El organicismo conservador del ideario de Vizcarra es palmario en este párrafo: “Es un nombre de ‘familia’, de una gran familia de veinte naciones hermanas, que constituyen una ‘unidad’ superior a la sangre, al color y a la raza de la misma manera que la ‘Cristiandad’ expresa la unidad de la familia cristiana, formada por hombres y naciones de todas las razas, y la ‘Humanidad’ abarca sin distinción a todos los hombres de todas las razas, como miembros de una sola familia humana”. Zacarías de Vizcarra, “Origen del nombre, concepto y fiesta de la Hispanidad”, *El Español, Semanario de la política y del espíritu*, Madrid, año III, núm. 102, 7 de octubre de 1944, pp. 1 y 13.

⁵ En palabras del mismo Gomá, en el mismo discurso anteriormente citado: “La hispanidad, diríamos que es la proyección de la fisonomía de España fuera de sí y sobre los pueblos que integran la hispanidad

El principal valedor y propagandista de la idea de hispanismo, el también vasco Ramiro de Maeztu, abrió su *Defensa de la hispanidad* con una imagen subyugadora: "España es una encina medio sofocada por la yedra. La yedra es tan frondosa, y es la encina tan arrugada y encogida, que a ratos parece que el ser de España está en la trepadora, y no en el árbol. Pero la yedra no se puede sostener por sí misma".⁶ Los países hermanos pertenecientes a la hispanidad serían ramas del mismo árbol solariego cuyas raíces serían únicas pero dichas de diferentes maneras como el Ser aristotélico. Por su parte, la yedra simbolizaría todo lo que es, presuntamente, ajeno a la hispanidad: lo antiespañol (y valga la redundancia), es decir, lo afrancesado, el liberalismo, el socialismo, el comunismo, la masonería, etc.

El intelectual que viene armado con este planteamiento de fondo, o el que, hoy en día, está preso inconscientemente de esta idea de la hispanidad, en su versión minimalista, verá en América todo aquello que de manera narcisista ve reflejado en sí mismo: las ciudades coloniales, con sus iglesias y plazas mayores, las iglesias barrocas, el catolicismo acendrado, tan místico o aún más que en el solar español, el patriotismo, y, sobre todo, la lengua española, tan recia como la de la península, pero coloreada por la diversidad étnica y geográfica de América. El americanismo hispanicista de estos intelectuales españoles es como el polo opuesto del "orientalismo" americanista pues lo que el primero ve obcecadamente como sustancialmente lo "Mismo", lo patrio, es lo que precisamente ve el segundo como lo irreductiblemente "Otro", éxotico, foráneo, pero ambos coinciden en escuchar apenas la realidad americana y los americanos. La cuestión no es que, en algunos aspectos, tanto unos como otros, puedan tener algo de razón, incluso bastante, sino que el prisma con el que miran ambas perspectivas lo americano nos parece, hoy en día, muy sesgado, claramente insatisfactorio, para los hombres y mujeres del siglo XXI.

Es con vistas a deconstruir estos entramados discursivos y a reconstruir nuevos prismas de comprensión, mucho más plurales y complejos que los del siglo XX, por lo que me parece muy aleccionador confrontarnos con lo que los exiliados republicanos españoles escribieron acerca del nuevo continente. La pregunta que nos haríamos sería la siguiente: ¿fueron capaces ellos de hurtarse tanto al discurso postcolonialista, más débil en la tradición española, como al discurso esencialista, mucho más

La prudencia se impone, de entrada, porque sabemos que un exilio no es forzosamente una ocasión para abrir los ojos hacia lo que le rodea a uno. El exiliado no es nunca un viajero; es más bien una extraña mezcla de viajero-prisionero, un "prisionero" libre pues es obligado a estar fuera de su país y "condenado", en consecuencia, a "viajar".

enraizado? Mi respuesta provisional no puede ser ni afirmativa ni negativa. Tenemos serias dudas de que no se encuentren en sus escritos planteamientos cercanos a estas dos grandes discursividades. Más bien al contrario. Lo que sospechamos es que hay una ligera oscilación entre ambos planteamientos, inclinándose casi siempre la balanza hacia el lado moderno y solapadamente colonialista, o, mejor dicho, post-colonialista.

Esto se explica, a mi modo de entender, por dos razones. En primer lugar, porque combatieron el bando franquista, el cual hizo suyas las ideas de Maeztu en torno a la hispanidad. Esta es la razón de que fuesen poco favorables al esencialismo aglutinador y nacionalcatólico de las filas enemigas. En segundo lugar, porque los exiliados —no lo olvidemos, aunque pueda parecer una perogrullada— fueron expulsados de su país natal y se encontraron de la noche a la mañana en países ajenos, que, como se sabe, los acogieron con poco o bastante entusiasmo, según los países de acogida. Es decir, hay que reiterar que los exiliados no fueron viajeros desinteresados, deseosos de conocer lo otro; tampoco, unos antropólogos o científicos, salvo algunas excepciones, dedicados a estudiar América. De repente, se ven ahí, del otro lado del "charco", y, en función de su capacidad de

[...] Es el genio de España que ha incubado el genio de otras tierras y razas, y, sin desnaturalizarlo, lo ha elevado y depurado y lo ha hecho semejante a sí. Así entendemos la raza y la hispanidad.

⁶ El mismo Vizcarra, en el artículo anterior, se atribuía a sí mismo la paternidad de este vocablo: «Fue mi gran amigo D. Ramiro de Maeztu uno de los primeros que me atribuyeron la creación del vocablo 'Hispanidad' en su libro *Defensa de la Hispanidad*, publicado a principios de 1934".

adaptación, van adecuando progresivamente su mirada a lo que les rodea, en algunos casos, con bastante dificultad. Y es que el exiliado, sea de donde sea, piensa siempre en el lugar del que fue expulsado. Es normal. No sólo piensa y se interesa por todo aquello que ocurre en su lugar natal, sino que siempre alberga la esperanza de regresar. Esto le pasa incluso, en menor medida, al que se ha ido voluntariamente de su país natal. Y cuando esta actitud de espera se agosta, cuando ya no cabe apenas esperanza, su mirada se pierde por el desierto ilimitado del exilio, haciendo de éste su nueva y paradójica “patria” o volviéndose un verdadero nómada. Todas estas situaciones existenciales no son muy propicias para ver, sobre todo para escuchar lo otro. Y, sin embargo, y es lo que sostendré, creo que en bastantes exiliados asoman ramalazos, aproximaciones, propuestas, que van más allá del discurso “otreizante” y del discurso “esencialista”, que intuyen, en cierto sentido, que los españoles deben ver en América no lo que los españoles contribuyeron a hacer, sino lo que los americanos hicieron por sí mismos, como bien dijo el gran hispanista afincado en los Estados Unidos, Federico de Onís, uno de los pocos discípulos de Unamuno:

La permanencia de España en América tendremos que buscarla, por lo tanto, no como peso muerto o resto arqueológico del pasado, sino como fermento vivo latente en las creaciones nuevas y originales americanas; no en lo que España hizo y dejó en América, sino en lo que los americanos crearon por sí mismos diferenciándose de los españoles. Y será más patente y valiosa la tradición española de América si la encontramos en las creaciones americanas que más se diferencian de las españolas.⁷

1. Moreno Villa o el espectador tiernamente eurocéntrico

Uno de los primeros intelectuales que escribió sobre América, casi nada más llegar al país que lo recibió, México, fue José Moreno Villa (Málaga, 1887-México, 1955), historiador del arte, dibujante, bibliotecario, crítico literario, sempiterno inquilino de la Residencia de Estudiantes durante veinte años (entre 1917 y 1937), periodo durante el cual se haría amigo de las jóvenes promesas del momento (Buñuel, Lorca...), y poeta no desprovisto de interés, pero, conocido sobre todo, hoy en día, por su magnífica autobiografía *Vida en claro*.⁸ Su vida durante el exilio la vivió él “interinamente”, idea recurrente en este libro, como si su vida la hubiese

vivido siempre de manera provisional, nunca definitiva, como si esta interinidad se hubiese reproducido o amplificado en tierras americanas.⁹ Su *Cornucopia de México*, libro publicado por la todavía denominada Casa de España de México, en 1940, abunda —y valga la redundancia— en el tópico, pero no por tópico menos cierto, de la exuberancia americana, de sus innumerables vegetales, frutas, animales, constumbres, ademanes y hablas particulares.¹⁰ Quisiera destacar de este libro la frescura con la que anota sus impresiones, el humor, siempre cortés y risueño, con el que tiñe buena parte de sus observaciones, bastantes de ellas muy finas y logradas. Pese a ser una colección de notas impresionistas muy perspicaces sobre distintos aspectos de México (el habla, la alimentación, los monumentos, las personalidades, etc), la trabazón entre ellas es muy ágil, lo que da a su lectura un chispeante placer y un enriquecimiento indudable en cuanto al conocimiento de la realidad mexicana.¹¹ Son notas de un andarín, tomadas a vuelapluma, (que no hace nunca alusión al drama español que lo llevó por tierras americanas), de un viajero, eso sí, consciente de ser español (para más señas, meridional, andaluz) en cada descripción o estampa que hace.

Lo que sorprende un poco en Moreno Villa —pese a su sincera pretensión de ir “con el ánimo limpio de prejuicios (si esto es posible)”¹²— son precisamente los prejuicios que como tal europeo hispano deja deslizar a lo largo de su texto. Entrevee en el “tono de los mexicanos” un “velado sentimiento de lejana servidumbre” y en el ritmo, “tan lento, la dificultad de una lengua que no es la vernácula”, algo sobre lo que vuelve en otra ocasión. Por ejemplo, líneas más adelante

⁷ Véase Onís, Federico, *España en América. Estudios, ensayos y discursos sobre temas españoles e hispanoamericanos*, Madrid, Ediciones de la Universidad de Puerto Rico, 1955, p.15.

⁸ Contamos con dos contribuciones recientes sobre la autobiografía de Moreno Villa (Alessia Cassani, «José Moreno Villa, exilio en claroscuro») y sobre su poesía (Juan Cano Ballesta, «José Moreno Villa: una lírica del exilio»), en Mercedes Acillona (coord.), *Sujeto exílico: epistolarios y diarios*, San Sebastián, Hamaika Bide Elkarte, 2010, pp.255-283.

⁹ *Vida en claro, op.cit.*, pp.18, 75, 127 y 146.

¹⁰ Utilizaré aquí la edición de 1985, del Fondo de Cultura Económica, que reúne *Cornucopia de México y Nueva cornucopia mexicana*, publicada ésta última, póstumamente, en 1976, y que es la reunión de una serie de artículos dispersos no reunidos en las distintas ediciones de *Cornucopia*.

¹¹ Octavio Paz dijo de él: «discreto, irónico, cortés, elegante en el pensar y el decir, la sonrisa entre amarga y afable, fue ante todo un hombre sensible, quiero decir, uno en el que la reflexión y la emoción no están reñidas. poeta, pintor y crítico, comprendió admirablemente ciertos aspectos de nuestro país». Véase Octavio Paz, *Hombres en su siglo*, Barcelona, Scix Barral, 1984. La cortesía y el elogio sincero de Paz no quita que subrayemos lo de «ciertos» aspectos de su país.

¹² José Moreno Villa, *Cornucopia...*, p.66.

añade de manera tajante: “los mexicanos tienen todavía, al cabo de los siglos y de los cruces, una dificultad nativa para hablar el castellano con la fluencia y naturalidad de un ibérico”,¹³ afirmaciones que pueden dejar perplejo a cualquier ibérico que visite hoy en día México y se deje encandilar por la belleza y riqueza de un castellano, mucho menos atropellado y seco que el peninsular, mucho más justo y auténtico que el español europeo, en no pocos vocablos. Apunto este aspecto porque es uno de los grandes tópicos de algunos intelectuales castellanos, como, por ejemplo, Ortega, cuando veían en vascos como Unamuno o Baroja una supuesta dificultad en su castellano escrito, o una insuficiencia crónica, como si al supuesto bilingüe le faltase algo, cuando en realidad es casi lo contrario y, sobre todo, cuando siempre un unilingüe es en el fondo un “bilingüe” en muchos aspectos de su habla.

A veces, parece aflorar en el libro aquí tratado un complejo de culpa, como cuando atribuye la tristeza, que ve supuestamente en los mexicanos, no a él, (se sobretiene, a los españoles exiliados), sino a que hay “razas tristes y razas fáusticas”,¹⁴ afirmación de regusto orteguiano. La culpa se niega y se convierte en causalidad determinista. En cuanto al “silencio del indio”, le parece sorprendente en un mercado pues por la “índole” de este tipo de comercio “suele ser éste “ruidoso”.¹⁵ ¿O será sólo ruidoso, más bien, el mercado malagueño, ciudad natal del escritor español?

Lo que parece también revelador es la dificultad de Moreno Villa en aprehender lo americano en tanto que tal americano.¹⁶ Frecuentemente aparecen en su texto, veladas insinuaciones de que el americano es, en realidad, un asiático camuflado, por su misterio y su poca locuacidad o porque sienten los mexicanos un amor “por la menudencia”, por las artes menores.¹⁷ Incluso llega a decir que México es un país “semiespañol y semiasiático”,¹⁸ lo que puede recordar a la famosa “tibetización” de España, o al carácter asiático del comunismo soviético, denunciados por Ortega, con todas las connotaciones negativas que, en aquel entonces, podía arrastrar lo asiático en determinados ámbitos liberales. En la figura del hombre “acurrucado”, de la que por entonces había figurillas, como objetos típicos para el turista, y que ha sido fuente de muchos tópicos negativos de lo mexicano (la pereza, el relajo, etc.) avizora Moreno Villa un “Buda sin jerarquía”. Esta figura está unida, según él, “a la quietud, a la pasividad, al ensimismamiento”, rasgos que contraponen él a la “voluntad de vivir en marcha perpetua”, propia de la civilización europea.¹⁹

Y llegamos a uno de los tópicos postcoloniales más recurrentes y tenaces: la asimilación de lo otro a la naturaleza. Esto de estarse acurrucado le parece “muy grato”, “pero está muy lejos de nuestro estado de cultura. Al contemplarla nos acordamos del lagarto, del gato y de otros seres sensuales que se inmovilizan bajo el sol cariñoso como convencidos de que todo lo demás es mentira”. Y un lector de hoy en día podría añadir: ¡pues igual los “lagartos” y “gatos” guardan poca razón! Bromas aparte, lo que me parece digno de ser subrayado es que, en estas observaciones, que podemos ver en muchos viajeros occidentales por tierras orientales, nunca aparece un asomo de interrogación por si algunas de estas costumbres puedan ser explicadas por una explotación social, política o cultural, arraigada durante siglos, o, en otros casos, sencillamente, por otra manera, tan legítima como la nuestra o más, de vivir el tiempo, de manera diferente.

Por último, aparece en Moreno Villa la idea de que la abundancia americana proviene del carácter barroco de lo mexicano. Desde el prólogo de la primera edición estipula que la cornucopia es “como un resumen del estilo rococó”.²⁰ La cornucopia que da título al libro es rizada y quebrada y no le parece fortuito que “México siga cultivando los muebles y las fachadas de estilo rococó”. Se tiene, así pues, la tentación de atribuir el carácter heteróclito y abigarrado de este país

¹³ *Ibid.*, p.71.

¹⁴ *Ibid.*, p.69.

¹⁵ *Ibid.*, p.78.

¹⁶ Alessia Cassani recuerda con razón que el hecho de que fuese el primer huésped de la Casa de España en México no fue óbice para que le costase integrarse en el país americano. En el discurso pronunciado en la comida ofrecida por los intelectuales de México a los de la Casa de España en octubre de 1938 comienza con esta frase significativa: “Llevo un año aquí y no sé todavía si el mexicano quiere al español”, en *op.cit.*, p.264.

¹⁷ Véanse las pp. 89, 100, 110.

¹⁸ *Ibid.*, p.106.

¹⁹ También habla de las “caras indígenas” y de la frecuencia del término “chino”, “enchinado” en el habla mexicana. Véanse las pp. 110 y 116. La analogía juega malas pasadas a Moreno Villa, pues se deja llevar por ellas sin prevención alguna, cosa que no ocurre tanto en el libro del también andaluz, Juan Rejano, *La esfinge mestiza. Crónica menor de México*, quien reconoce la dificultad de la tarea: “si alguien cree notar en sus bordes, frecuentes resonancias españolas, no lo tome a maliciosos deseos comparativos. No es nada fácil despojar la planta de la tierra que nos dio el ser. Con la mía de español he buscado yo la verdadera y fuerte personalidad de México”, Córdoba, Diputación de Córdoba, 2000, p.10. La primera edición es de 1945.

²⁰ *Ibid.*, p.61. Esta idea de cornucopia (“producto de contrastes, contradicciones, altibajos, claroscuro, ‘porfirismo-lombardismo’, ‘hispanismo-pochismo’”) es tan fructífera, en lo que se refiere a la multiplicación de facetas de la realidad, tan propia del ensayo, como un poco decepcionante, al unirla estrechamente con una categoría europea, (española, italiana, en último término), como el barroco, que no da cuenta del hibridismo de la cultura mexicana y oculta lo que de hibridismo tenga la europea.

norteamericano a un estilo artístico europeo, por cierto, profusamente representado en tierras americanas.

Esta es la pista que seguirá en un libro posterior, *Lo mexicano en las artes plásticas*, publicado por el rebautizado Colegio de México en 1948. El título da a entender que el escritor, menos espectador, en el sentido orteguiano, como lo fuera en el anterior libro, que historiador del arte, busca ahora los rasgos propios del arte mexicano. En realidad, la pretensión casticista se trueca en una explicación muy poco convincente. Cuando ve una virgen de Calpan, atravesada por siete lanzones se pregunta de dónde procede este planteamiento iconográfico inusual en Europa. Su búsqueda le lleva al románico, a una tabla de Vich. Cuando contempla el pantocrátor de la portada de Tlamanalco, esos “bigotes de hebras muy paralelas”,²¹ que le parecen extrañas y nunca vistas en Europa, termina por ver su origen en un crucifijo castellano de Carrión del siglo XI. Según él, la intemporalidad de las manifestaciones artísticas, su carácter anacrónico, que hace de todas ellas algo “tequitqui”,²² es explicable porque durante el siglo XVI se amontonaron en América estilos europeos cronológicamente anteriores, de tal forma que “los primeros artistas indios” “eran más niños en su profesión que cualquier europeo de su tiempo”. El estilo arquitectónico y escultórico novohispano, del siglo XVI, no es sino la mezcolanza de los estilos europeos medievales, románicos, góticos, platerescos, que se amontonan de manera gratuita a medida que los “infantes” mexicanos van aprendiendo los arcanos del arte europeo. Ninguna hipótesis de una sensibilidad artística genuinamente prehispánica, azteca o la que sea, sale de la pluma de Moreno Villa, muchas veces contra la evidencia de las imágenes reproducidas en el libro.

2. Corpus Barga o el burlador de las analogías

Corpus Barga (Madrid, 1887-Lima, 1975) fue colaborador de *La Correspondencia de España*, de *El Sol*, y más tarde, en los años treinta, fundador de *Diablo Mundo*, así como director de la agencia del diario argentino *La Nación*. Los artículos que dedicó a Madrid, antes de la Guerra Civil, muestran la existencia de un verdadero ensayista, innovador en sus imágenes y sintaxis, moderno en su lucidez, irónico en sus descripciones. Después del 39, una vez en Perú, dirigió en Lima la Escuela de Periodismo de la Universidad de San Marcos. En los artículos que dedicó a retratar el país andino que lo acogió en su exilio, constatamos una misma voluntad desinteresada de mirar sin anteojos

la realidad americana, un afán desinteresado de comprender y una afable curiosidad por lo extraño.²³ No obstante, la pretensión académica o intelectualista brilla por su ausencia en el cronista madrileño y eso redundante, aunque pueda parecer paradójico, en una mirada más incisiva e ingenua, por un lado, y en un prudente americanismo. También pudo influir en su mirada más limpia de prejuicios una especie de descentramiento vital y nacional, una incomodidad con la vida española que le venía desde joven y que le condujo a instalarse en París desde la Guerra del 14, a viajar por numerosos países europeos y a no volver a España hasta 1930. “Soy —dijo a su vuelta— como tantos otros españoles, intelectuales y obreros, desperdigados por Europa y América, un inadaptado a la vida española no porque lleve viviendo muchos años fuera, sino que estoy fuera desde mi juventud por haber disentido radicalmente de la vida en España”.²⁴

En un artículo, publicado el 26 de marzo de 1956, en *El Nacional* de Caracas, titulado “Tres valores españoles y América”, establece una curiosa comparación triangular entre Ortega, Costa y Unamuno.²⁵ El

²¹ José Moreno Villa, *Lo mexicano en las artes plásticas*, México, El Colegio de México, 1948, p.15.

²² *Ibid.*, pp. 14 y 20. Lo “tequitqui” es lo “tributario”, algo así como lo criollo, lo mezclado. Moreno Villa contrapone el “románico puro”, añadiríamos “castizo”, al «románico tequitqui», que es, según él, “anacrónico”. Pero, ¿por qué diantres lo americano tendría que ser anacrónico con respecto a lo europeo? ¿No sería más bien la mirada del exiliado anacrónica con respecto a una realidad multiforme que el mexicano ve como natural?

²³ De Corpus Barga tenemos en edición reciente su excelente *Paseos por Madrid*, Madrid, Alianza Editorial, 2002, recopilación de sus artículos sobre la villa y corte, durante los años 20 y 30. María Zambrano dijo de él: “Yo lo leía siempre encantada”; “Era dueño de sí mismo”; “No he conocido a nadie como él. Así, con ese perfil tan puro, con esa elegancia, con esa capacidad para ver tanto lo real como lo posible”, en *Las palabras del regreso*, Salamanca, Amarú, 1995, p.186. Y Cela le confesará en carta fechada el 7 de octubre de 1961: “Por los años treinta y tantos, siendo yo un muchacho, figuraba usted entre mis cotidianas lecturas”, en Camilo José Cela, *Correspondencia con el exilio*, Barcelona, Destino, 2009, p.798. José Luis Valcárcel Pérez afirma en su biografía de Ramón Gaya, que el periodista madrileño fue el primero en hablar a Gaya de Venecia y en animarle a visitar la Serenísima. En *Ramón Gaya, la vida entrecortada*, Murcia, Tres Fronteras, 2011, p.54. En 1927, Corpus Barga reseñará elogiosamente, en *El Sol*, la exposición colectiva de pintores españoles, en París, en la que participará Gaya. Picasso fue uno de los invitados a la inauguración, p.56.

²⁴ En “Nueva casta de españoles”, *Nueva España*, 14-XI-1930, citado por Arturo Ramoneda en el libro antes señalado, *Paseos por Madrid*, p.8. Y en unas notas inéditas, ya al final de su vida, en Perú, dirá: “he nacido para vivir desterrado, disparado por un cañón para caer, después del vuelo, en donde debe exactamente colocarme. Todavía no me he situado. ¿Me situaré alguna vez?”, citado por Isabel del Alamo Triana en su introducción a Corpus Barga, *Contando sus pasos. Primer viaje a América (La vida rota, segunda parte) y otros textos inéditos de su juventud*, Valencia, Pre-Textos, 1997, p.52.

²⁵ Véase Marcel Velázquez Castro (comp.), *Fuegos fugitivos. Antología de artículos de Corpus Barga*, Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 2003.



José Moreno Villa, Corpus Barga y Jorge de Oteiza

pivote lo ve en Costa y subraya la “voracidad sensual de las ideas” como rasgo que hermana a Costa y a Ortega, además de su europeísmo algo casticista, que contrasta con el postcasticismo de Unamuno, abierto a lo europeo. Y añade, contextualizando las tres figuras en el mundo bipolar de la guerra fría, dominado en aquel entonces por los EEUU y la URSS: “la salvación de España podría estar en América. Esto es lo que no vieron ni Costa, ni Unamuno, ni Ortega” y apunta la posibilidad de “reconstituciones y agrupamientos” en los “territorios inmensos, apenas poblados” de las repúblicas hispanoamericanas. Vemos pues cómo un filoamericanismo “porvenirista”, más matizado y moderado en el madrileño, lo acerca a posicionamientos, dentro del exilio, como los del vasco Larrea, más mesiánico, o, en otro sentido, los de su amigo y paisano Ímaz y los de Zambrano.

En otro artículo no fechado, de esta época, “El Cuzco o la abolición de la historia”, pone a prueba sus dotes de fino observador, no ya en la villa y corte, sino en la antiquísima ciudad andina.²⁶ Lo primero que le trae a la memoria al pasearse por ella —Corpus Barga llega a esta ciudad en un día lluvioso— es una ciudad norteña de España. “Me sentí en Asturias, en Oviedo”, dice él, mas añade: “el españolismo de Cuzco se ve enseguida socavado por lo que le sostiene”. La imagen del basamento poco a poco va a conducirnos a lo que precede a la historia. Los sillares enormes, “sosteniendo casas humildes” son testimonio de una “civilización sin historia”. Se han quedado “mudos”, dice él; “guardan su secreto”.²⁷ En el torreón del Coricancha un “balconcillo musulmán” se ha caído a raíz de un terremoto, pero las enormes piedras que lo sostenían siguen firmes. Por las calles de Cuzco, Corpus Barga ve “indios corredores”, con el pecho descubierto, cuya

actividad principal es la de hacer recados, y también indias que suben las empinadas cuestas con “cargas atroces”. Las mujeres, mucho más fajadas y cubiertas que los hombres, “suelen estar acurrucadas, pero ni siquiera se puede saber si sentadas en el suelo o en cuclillas”. Cuando entra en la catedral de Cuzco señala la costumbre de las indias de quedarse acucilladas, el correteo de los perros por

toda la nave central y el hecho de haber escupideras para los canónigos. “Es la casa de Dios en su amplio sentido antiguo”. Y ante la irrupción súbita de un grupo de turistas, concluye: “los turistas son lo contrario de los peregrinos; por mucho respeto con que guarden las reglas, resultan unos profanadores, lo que nunca llegan a ser los fieles que escupen y rezan”.

Creo que este botón de muestra nos confirma no sólo la finura de las observaciones de Corpus Barga, y su comprensiva ironía, sino también la intuición de algo soterrado, protohistórico, por debajo de lo hispánico, más firme y tenaz que cualquier conquista o colonización efímera, dentro de un contexto histórico milenario.

3. Zambrano y Oteiza : dos zahoríes de lo prehistórico

Por esta vía se adentran, a mi modo de entender, dos autores periféricos, una andaluza y un vasco, que compartían sin saberlo una profunda admiración por Unamuno y un especial olfato por los arcanos de lo intrahistórico. Me refiero a María Zambrano y a Jorge de Oteiza. La filósofa andaluza residió en México poco tiempo, entre 1939 y 1940, país a donde quería precisamente encaminarse el escultor oriotarra y donde nunca llegó a estar. No quisiera entrar en las razones

²⁶ En Corpus Barga, *Periodismo y literatura*, selección y prólogo de Arturo Ramoneda, Madrid, Fundación Banco Santander, 2009, pp.151-157. Y también *Fuegos fugitivos*, citado en la nota anterior.

²⁷ Otro exiliado español, Juan Larrea, se sintió también conmovido por el carácter poético de los grandes bloques de piedra que soportan la ciudad de Cuzco. “Ha sido cada piedra, tras cumplida gestación, como parida a su eternidad independientemente”, en *Corona incaica*, Córdoba (Argentina), Universidad Nacional, 1960, p.36. Véase también el comentario de Félix Marañón a esta cuestión en “Juan Larrea y el exilio cultural. Su relación especial y la de otros vascos con Pablo Neruda”, en *Vascos universales del siglo XX*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2005, pp. 68-70.

que se han aducido para explicar este breve interregno, antes de instalarse en Cuba y en Puerto Rico. Pocas cosas dijo Zambrano de México, exceptuando la hermosa reseña que dedicó al libro de la antropóloga Laurette Séjourné, viuda del activista y escritor revolucionario Victor Serge, sobre la mitología azteca, eso sí, una vez que estaba ya instalada en Roma²⁸. En un texto muy tardío, “Entre violetas y volcanes”, María recordó los “momentos difíciles” transcurridos en México. Y aducía para explicarlo no sólo la “dureza del exilio” sino el hecho de que el país azteca era “en cierto modo España, otro modo de ser España. Se sentía uno ser español, como si el ser español fuera un inmenso órgano con varios registros y uno de los registros o quizá el órgano principal era precisamente México”.²⁹ Es decir, no era un país propicio para olvidarse momentáneamente de España pues era un ser demasiado análogo a la península, sólo que de un modo distinto. Creo que podemos comprender esta explicación pues cualquiera que vaya a México desde la península siente esta extraña familiaridad, extraña pues es lo mismo y diferente, al mismo tiempo; familiaridad con algo que no parece ser fruto nuestro, sino que se diría, sorprendentemente, que emanamos de él, como si el Zócalo, por su grandeza, fuese nuestra verdadera capital, comparada con la insignificante Plaza del Sol, y también, al mismo tiempo, la verdadera capital de los americanos, de los verdaderos americanos.

Zambrano no andaba buscando, como Ortega en Argentina, Pampas infinitas, paisajes supuestamente vacíos y juveniles en los que dejar desbocado el ansia histórica de proezas. Tampoco algo lleno, saturado de humanidad hispánica, cornucopias, si retomamos la imagen de Moreno Villa, que le abrumasen. Necesitaba algo más primario que un paisaje y algo más íntimo que una humanidad abigarrada. Ella lo encontró en el Caribe, no en México, como Giner de los Ríos. Buscaba algo de ensueño, “una promesa convertida en regalo”, una isla, “la huella de un mundo mejor”, nostalgia hecha esperanza. En “Isla de Puerto Rico (Nostalgia y Esperanza de un mundo mejor”,³⁰ Zambrano condensaba en ciernes buena parte del ideario democrático y proyectivo, en cierto sentido utopizante y cordial, que iba a ser expuesto más tarde en *Persona y Democracia*. En aquel texto primerizo, de 1940, Zambrano certificaba el fracaso del Imperio español, la retórica vacía del hispanismo (“banderas, saluciones, palabras olvidadas no más pronunciadas, sin ningún valor actuante”), la situación de crisis que vivía el mundo en esa época, en un sentido distinto

del de ahora, y se mostraba favorable a un “panamericanismo verdadero”, reconciliador, pacificador. Este panamericanismo en el que cifraba su esperanza suponía la conciliación del “ser humano, íntegro, entero”, de la persona, una especie de espíritu de Ariel, greco-latino, a la manera del ensayista uruguayo Rodó, salvando las diferencias, con la tradición encarnada por la América del Norte, la de la “autonomía y libertad del ser humano”,³¹ descrita con muchos menos rasgos negativos que el Calibán materialista, descrito otrora por Rodó.

En “La Cuba secreta”, artículo de 1948, en el que Zambrano rinde homenaje al grupo de poetas liderado por Lezama Lima y reunido en torno a la revista *Orígenes*, la dimensión política de lo isleño cede el paso, esta vez, a la poética.³² Cuba es, dice ella, “mi patria prenatal”, un “estado de puro olvido, de puro estar yacente sin imágenes”. Lo que me interesa señalar es que, por primera vez, hay una tentativa de saltar completamente por encima de la analogía. Es cierto que «la rama dorada del limonero a la caída de la tarde en el patio familiar» resurge un poco en “el terroso dulzor de la caña de azúcar» o que tanto en el Mediterráneo como en el Caribe “la luz y la sombra caen literalmente sobre la tierra hundiéndose”, pero lo decisivo no es todo esto, sino un “desnudo palpitar en la oscuridad”, algo en trance de nacer sin haber nacido. Y, de esta manera, contrapone ella “la patria del nacimiento” que “nos trae el destino” con “la patria pre-natal” que es “poesía viviente, el fundamento poético de la vida”. No andamos muy lejos de las tesis que defenderá Tomás Segovia, más tarde, sobre estas cuestiones. Cuba es —sentencia ella— “mi secreto”. Nos atreveríamos a pensar, a partir de estas intuiciones, y enlazando los dos artículos reseñados de María Zambrano, que lo político tiene, en cierto sentido, sus raíces en lo poético, (raíces como las del drago, provenientes de ramas que a su vez eran raíces), en el sentido de que del destino no se puede hacer ninguna política, que el hecho de nacer en un sitio u otro, de tal padre o madre, con tales o cuales apellidos, no es literalmente nada, nada sustancial, en el sentido que del destino supuestamente en lo universal de cualquier

²⁸ María Zambrano, “El camino de Quetzalcoatl” [reseña de *El universo de Quetzalcoatl*, México Fondo de Cultura Económica, 1962], revista *Cuadernos Americanos*, vol. 133, núm. 2, marzo-abril de 1964, pp.69-77.

²⁹ María Zambrano, *Las palabras del regreso*, Mercedes Gómez Blesa (ed.), Amarú, Salamanca, 1995, p.142.

³⁰ María Zambrano, *Islas*, Jorge Luis Arcos (ed.), Madrid, Verbum, 2007.

³¹ *Ibid.*, p.17.

³² María Zambrano, *La Cuba secreta y otros ensayos*, edición e introducción Jorge Luis Arcos, Madrid, Endymion, 1996, pp.106-115.

pueblo o país no sale más que la voluntad de extirpar la hiedra de la encina, en la imagen de Maeztu, la sed irrefrenable, siempre tanática, de ser siempre uno mismo, “genio y figura hasta la sepultura”, bajo la advocación del “sansimismo”, denunciado por Ferlosio como religión política de todos los nacionalismos ibéricos.³³

¿Hay en esta líneas de Zambrano una premonición, muy siglo XXI, de que nuestra única patria es la Tierra, el planeta Tierra? ¿O, más bien, el presentimiento de algo más profundo que lo biográfico, un sentir preconceptual consistente en una sintonía, en una empatía con lo presuntamente Otro? ¿Por qué México le pareció más emparentado con el destino español que las islas hispanocaribeñas? ¿No eran éstas, sin embargo, más “españolas” que México por el hecho de que su población autóctona había sido diezmada brutalmente por los conquistadores españoles y las enfermedades que ellos llevaron y, sobre todo, porque la presencia española duró hasta fines del siglo XIX, casi un siglo más que en la antigua Nueva España? ¿No había, al fin y al cabo, iglesias barrocas en Cuba y Puerto Rico, plazuelas recoletas y modos de expresión de sus gentes que recordasen a su Andalucía natal aún más si cabe que en México? Probablemente, en Cuba, María Zambrano encontró a un hombre, cuya relación lindó con el amor, Gustavo Pittaluga; probablemente el grupo de *Orígenes* le hizo degustar la miel verdadera de la amistad intelectual. ¿No era y es todo esto el calor verdaderamente patrio? Más allá de los rostros habitaba el amor y la amistad y un impulso común. En una palabra, creo que Zambrano entrevee no sólo una manera de escaparse de las sirenas del destino, de lo natal, sino también un prisma desde el cual hermanar lo americano con lo ibérico, sin “orientalismos” ni casticismos.

Si nos acercamos a Oteiza, a uno de sus textos fundadores, *Interpretación estética de la estatuaría megalítica americana*, publicado en 1952, encontramos también una voluntad declarada de huir tanto del cientificismo como del exotismo superficial.³⁴ Su viaje a las fuentes del río Magdalena, en Colombia, pretende indagar enigmas existenciales, tanto del pueblo prehistórico que erigió esas misteriosas estatuas como del propio artista en el contexto de mediados del siglo XX. “Yo no he venido a San Agustín a medir estatuas, sino a abrazarlas, a permanecer un tiempo a su lado, para saludar y reconocer a los que las construyeron”,³⁵ afirma con solemnidad el escultor vasco, hermanado con aquellos escultores que sintieron como él “el sentimiento trágico de la vida [...] el terror a la nada, el miedo a desaparecer

sin haber ganado la eternidad”. Como se puede ver, la presencia del pensamiento de Unamuno es manifiesta en Oteiza desde finales de los cuarenta, como lo será también en *Quosque tandem*, en el sentido de radicalizar el drama orteguiano del yo y de sus circunstancias en una tensión trágica. La estatuaría megalítica de San Agustín y de San Andrés no es, en rigor, una respuesta del hombre a su paisaje, como diría Ortega. Parece decirlo al principio cuando afirma que “el Paisaje es como un cuerpo múltiple y sensible, cargado de misteriosas energías y que rueda fatalmente sobre nosotros con la clave de nuestro destino” y parece entreverse, de manera premonitaria, mucho del futuro proyecto del santuario de Aránzazu, en Guipúzcoa, cuando dice de ese lugar colombiano que es un “pequeñísimo valle, alto, cerrado, redondo, con un montículo central en el que hay hoy una capilla indígena”³⁶ o cuando sostiene, líneas más tarde, que “en la parte cerrada o interna de este pequeño valle, apoyado en la cordillera, se eleva una breve planicie con la plaza y una ermita colonial indígena” y resume de la siguiente manera lo apercibido: “aquí el hombre ha sido pensado por el paisaje”.

Ahora bien, en el paisaje, Oteiza identifica dos “rostros visible”, el ligado a la inmovilidad natural y el ligado a la movilidad temporal propia de la sucesión del día y la noche, de las estaciones, y una “máscara o rostro escondido y sobrenatural”, que lo une indisolublemente a “Dios, lo absoluto, lo universal, lo eterno”. La situación original que ve en el hombre “andresiano”, el que construyó esos monumentos, es la de alguien que se ve a sí mismo como “sin vida casi, casi sin muerte”, de una pobreza casi absoluta ante la grandeza de la Naturaleza y en su asombro descubre la muerte que lo habita. “Ante el disparate de la muerte —dice Oteiza en una expresión de honda raigambre

³³ Rafael Sánchez Ferlosio, “Discurso de Gerona”, en *Ensayos y artículos II*, Barcelona, Destino, 1992, p.272.

³⁴ Algún lector se sorprenderá por ver a Oteiza incluido en el colectivo del exilio republicano. En sentido estricto no lo es en absoluto, puesto que no se fue de España de manera forzada durante la Guerra Civil o en el 39, sino antes, y de manera voluntaria. Además, volvió a la España franquista. Pero su simpatía hacia el partido ANV, Acción Nacionalista Vasca, de cariz más laico y republicano que el PNV, Partido Nacionalista Vasco, y la prolongación de su estancia en América más allá del 39 hacen de él un hombre que vive, en cierto sentido, un peculiar “exilio” antes e incluso después de su regreso. Para estos temas biográficos, véase Pilar Muñoa, *Oteiza, la vida como experimento*, Irún, Alberdania, 2006 y, más recientemente, Carlos Martínez Gorriarán, *Jorge Oteiza hacedor de vacíos*, Madrid, Marcial Pons, 2011. En cuanto a la edición utilizada del texto de 1952: *Interpretación estética de la estatuaría megalítica americana y Carta a los artistas de América*, María Teresa Muñoz (ed.), Alzusa, Fundación Museo Jorge Oteiza, 2007.

³⁵ *Ibid.*, p.47.

Cornucopia de México, de José Moreno Villa (Málaga, 1887-México, 1955), libro publicado por la todavía denominada Casa de España de México, en 1940, abunda —y valga la redundancia— en el tópico, pero no por tópico menos cierto, de la exuberancia americana, de sus innumerables vegetales, frutas, animales, constumbres, ademanes y hablas particulares.



bergaminiana— el disparate creador de la salvación, el de la fabricación estética de lo perdurable”.³⁷ En las máscaras de jaguar o de buho hechas rostros humanoides de las estatuas del río Magdalena descubre un “clasicismo primitivo” en el que, al contrario del clasicismo griego, los rostros se sitúan en la profundidad de la máscara. Creo que esta vía fue muy fructífera para Oteiza —pensemos, por ejemplo, en la espiritualidad primitiva de los rostros de los apóstoles de Aránzazu (Guipúzcoa, País Vasco), que tienen algo de máscara en este sentido— y podría ser para nosotros en la comprensión de lo Otro. Parafraseando a Lévinas, se podría decir que en el rostro del otro vio Oteiza no exactamente la infinitud sino la metamorfosis que nos constituye a todos.

Pese a esta cala muy fértil, a mi modo de entender, Oteiza sólo se tapó uno de sus dos oídos, a su paso por las sirenas del casticismo, algo que le pasó también a su inspirador, Miguel de Unamuno. Y es que lo que buscaba en las fuentes del río Magdalena era “la primera religión estética americana”.³⁸ Subiendo por estrechos senderos, llegan al pequeño valle que se veía como “una olla geográfica que la noche cubría íntegramente con una Vía Láctea”, algo que el artista afirma no haber contemplado nunca. Oscuridad, convexidad, fuente de donde mana un río, río lácteo de piedras abatido sobre el valle... El viaje adquiere los rasgos de una peregrinación iniciática hacia el origen, hacia lo matricial. “Aquí todo es primitivo: encerrado, todo sucede por primera vez”.³⁹ En la religión estética de dichos pueblos ve el jaguar, representado en muchas esculturas antropomórficas, como un “salvador”, un “Cristo” del

hombre arcaico que libera al hombre de la serpiente. Esta visión judeocristiana, algo nietzscheana y mística de las culturas prehispánicas se refuerza con una visión *in nuce* del arte original de todo pueblo, de raigambre romántica. “Quien no crea su propio arte —sin arte original— no sobrevive”.⁴⁰ La búsqueda del origen es la búsqueda de “una cultura matriz”, de una estatuaría que sea en sí misma configuradora de una mitología. Lo que dice de la cultura agustiniana podría aplicarse a tesis suyas posteriores sobre el País Vasco: “No fue un pueblo que recibió ideas, no heredó, sino que, independientemente, buscó y descubrió las que tuvo”.⁴¹ La Uyunbé, población próxima a San Agustín, es rebautizada por Oteiza como Illunbe, “bajo la oscuridad”, en vasco, por cierto una vaguada cercana a San Sebastián que debía de conocer. Lo matricial realizaba, así pues, un viaje de ida y vuelta, pero, ¿eso suponía haber comprendido realmente la trabazón íntima de la diversidad cultural americana? ¿No veía demasiados dólmenes y cronlechs europeos, y más particularmente vascos, en lo prehispánico americano? ¿No proyectaba su Guipúzcoa en lo que veía en las fuentes del río Magdalena? La lectura que hacía de esa estatuaría, ¿no estaba preñada acaso de excesivos presupuestos eurocéntricos?

En las obras de estos cuatro autores, Moreno Villa, Corpus Barga, Zambrano y Oteiza, me ha parecido

³⁶ *Ibid.*, p.66.

³⁷ *Ibid.*, p.29.

³⁸ *Ibid.*, p.35.

³⁹ *Ibid.*, p.67.

⁴⁰ *Ibid.*, p.94.

⁴¹ *Ibid.*, p.22.

encontrar la voluntad común de desmarcarse del casticismo hispanista y de la visión postcolonial, pero también las dificultades que encontraban para lograrlo y, en general, las ambigüedades de toda aproximación de lo otro. Quisiera apuntar que en sus itinerarios personales podemos ver, progresivamente, de los primeros a los últimos autores aquí tratados, una orientación de la mirada, fuente de equívocos, que va dejando paso, poco a poco, a la escucha e incluso al tacto, sentidos más cordiales; un hincapié cada vez mayor en lo indígena que en lo hispánico, aunque la realidad contundente del mestizaje quede velada en sus escritos; y, en tercer lugar, un giro en su visión del

arte y de lo poético, de lo paisajístico, más orteguiano, por ejemplo en Moreno Villa, menos en Corpus Varga, a lo telúrico, de raíz más unamuniana. Lo “intra-histórico”, en un sentido amplio, en todas sus variantes, “prenatal”, “prehistórico”, etc., se nos revela como una vía importante hacia la comprensión del otro, pero con el riesgo, como en Oteiza, de morderse la cola volviendo a lo europeo.

RICARDO TEJADA. Profesor titular en Civilización de España, moderna y contemporánea, en la Université du Maine (Le Mans, Francia).

Bibliografía

- ACILLONA, Mercedes (coord.), *Sujeto exílico: epistolarios y diarios*, San Sebastián, Hamaika Bide Elkartea, 2010.
- BARGA, Corpus, *Periodismo y literatura*, selección y prólogo de Arturo Ramoneda, Madrid, Fundación Banco Santander, 2009.
- , *Paseos por Madrid*, Madrid, Alianza Editorial, 2002.
- , *Contando sus pasos. Primer viaje a América (La vida rota, segunda parte) y otros textos inéditos de su juventud*, edición, prólogo, introducción y notas de Isabel del Álamo Triana, Valencia, Pre-Textos, 1997.
- CELA, Camilo José, *Correspondencia con el exilio*, Barcelona, Destino, 2009.
- DE VIZCARRA Zacarías, “Origen del nombre, concepto y fiesta de la Hispanidad”, *El Español, Semanario de la política y del espíritu*, Madrid, año III, núm. 102, 7 de octubre de 1944.
- GOMÁ TOMÁS, Isidro, “Apología de la Hispanidad”, revista *Acción Española*, tomo XI, núms. 64-65, Madrid, 1 de noviembre de 1934.
- LARREA, Juan, *Corona incaica*, Córdoba (Argentina), Universidad Nacional, 1960.
- MARAÑA, Félix, “Juan Larrea y el exilio cultural. Su relación especial y la de otros vascos con Pablo Neruda”, en *Vascos universales del siglo XX*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2005.
- MARTÍNEZ GORRIARÁN, Carlos, *Jorge Oteiza hacedor de vacíos*, Madrid, Marcial Pons, 2011.
- MORENO VILLA, José, *Cornucopia de México y Nueva cornucopia mexicana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985.
- , *Lo mexicano en las artes plásticas*, México, El Colegio de México, 1948.
- MUÑO, Pilar, *Oteiza, la vida como experimento*, Irún, Alberdania, 2006.
- ONÍS, Federico, *España en América. Estudios, ensayos y discursos sobre temas españoles e hispanoamericanos*, Madrid, Ediciones de la Universidad de Puerto Rico, 1955.
- OTEIZA, Jorge, *Interpretación estética de la estatuaría megalítica americana y Carta a los artistas de América*, María Teresa Muñoz (ed.), Alzuza, Fundación Museo Jorge Oteiza, 2007.
- PAZ, Octavio, *Hombres en su siglo*, Barcelona, Seix Barral, 1984.
- REJANO, Juan, *La esfinge mestiza. Crónica menor de México*, Córdoba, Diputación de Córdoba, 2000.
- RUIZ-FUNES, Mariano, “Técnicas de deshonor”, revista *Bohemia*, La Habana, 19-X-1952, en Manuel Ruiz-Funes (ed.), *Mariano Ruiz-Funes. Comentarista de su tiempo. Selección de artículos*, Murcia, Ruiz-Funes, 2006.
- SAID, Edward, *Orientalismo*, Madrid, Debate, 2002.
- SÁNCHEZ FERLOSIO, Rafael, *Ensayos y artículos II*, Barcelona, Destino, 1992.
- VALCÁRCEL, José Luis, *Ramón Caya, la vida entrecortada*, Murcia, Tres Fronteras, 2011.
- VELÁZQUEZ CASTRO, Marcel (comp.), *Fuegos fugitivos. Antología de artículos de Corpus Barga*, Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 2003.
- ZAMBRANO, María, *Islas*, Jorge Luis Arcos (ed.), Madrid, Verbum, 2007.
- , *La Cuba secreta y otros ensayos*, edición e introducción Jorge Luis Arcos, Madrid, Endymion, 1996.
- , *Las palabras del regreso*, Salamanca, Amarú, 1995.
- , *Las palabras del regreso*, Mercedes Gómez Blesa (ed.), Amarú, Salamanca, 1995.
- , “El camino de Quetzalcoatl”, revista *Cuadernos Americanos*, vol. 133, núm. 2, marzo-abril de 1964.